

más»; o el de un amigo personal inolvidable, auscultándose el corazón: «¡Está lindo el galopito!» ¿El arrobo del «Poverello» de Asís? ¿La tremante angustia frente a lo que Santo Tomás calificaba de «colmo de los dolores»? ¿El abyecto terror? Tantas personas, tantas actitudes.

Que nos obligan a un gran esfuerzo de com-pasión, de con-vivencia, de co-existencia, para conocerlas. (Es una lástima no poder jugar en español con el vocablo: conocer = co-nacer; como en francés, «connaître» = «co-naître», lo hizo Claudel y luego retomó Marcel. Dando honda y cálida versión existencial a la académica y rigurosa fórmula de Prini: «Qualis communio, tallis cognitio».)

Así apercebidos, daremos información prudente. Guiados por la virtud que Platón consideró de eminente necesidad para los «guardianes de la ciudad» y que debe ser hegemónica en nosotros, guardianes de la salud. La advertencia neotestamentaria: «Sed prudentes como las serpientes» reviste singular valor para quienes tenemos por emblema el «drakon» de Asklepios enroscado en el basto cetro de sagrado ciprés. Porque la prudencia, que según Cicerón, mira a la vez al pasado, al presente y al futuro, debe ser en nosotros vasta experiencia, destilada del pasado; circumspecta inteligencia, a la que nada escapa, del presente; cauta y previsora futurición. Cultivando la «phronesis» helénica, la «recta ratio agibilium» medieval, sabremos mantenernos en la virtuosa vía media, tan lejana de la hesitante pusilanimidad como de la temeridad insensata.

Información afectuosa. Con el afecto que ayuda a discernir: «Ubi amor ibi oculos»... Con la benevolencia que espolea la imaginación para hallar los medios de no herir, de no dañar, y que añade elocuencia a la prudencia. Afecto conductor en la intrincada filigrana de esos coloquios cruciales que, pese a ser entablados como al desgaire, son en realidad ceñidísimos y sutiles.

Todo esto en la procura de alentar la mortecina lumbré de la esperanza en el enfermo.

Esperanza... Precisamente sobre ella Laín ha escrito páginas de elevación y profundidad inigualadas, de vigoroso poder convictivo y persuasivo.

A su luz comprendimos cómo la enfermedad larga y el padecimiento grande tienden a anonadar el yo; a apocar su magnanimidad, a encoger su existir. En todas las dimensiones de éste: pística, esperante y amante.

Que propenden a tornar al enfermo menos creyente, esperante y amante; más incrédulo, desesperanzado y egoísta.

Y que la esperanza suele ser el «locus minoris resistentia». Aparece —en bellos versos lo expresó Péguy— como la más frágil de todas las virtudes, naturales y sobrenaturales. Sobre todo cuando se avanza en edad; cuando, diría Santo Tomás, hay mucho pasado y poco futuro.

Sí; muchas veces el paciente —¿o impaciente?— es un desesperanzado, tanto acerca de su capacidad, de su «virtus propria», como de la posible ayuda ajena, de la «virtus aliena». Está privado de esperanza, tanto en su modo «hesiódico» como en su modo «mosaico» (Laín). Con semántica algo diferente, diría Santo Tomás que aguarda sin «sperare» y sin «expectare»: sin confiar en sí ni en otros. Y corre el riesgo de que esta «inésperance» (Marcel) evolucione hacia la desesperación, sima en la cual —con revulsión anímica— verá positivamente el horripilante espectro de la muerte total.

Por esto es imprescindible que nos hagamos merecedores de la confianza del enfermo; que no aumentemos, por inepticia o torpeza, su defianza. Pues la confianza en nosotros acrecentará en su «aguardo» la confiada espera vital, y facilitará la transmutación de ésta en esperanza, confiada espera transcendente.

Con esta distinción de Laín entre «espera» y «esperanza», pueden aceptarse bellos e inspirativos decires: «Somos esperanza» (Landsberg); «la esperanza es la estofa de que está hecha nuestra alma» (Marcel); «la esperanza es el último fundamento del alma» (Bollnow)...

Hagamos cuanto en nosotros esté para que el enfermo acreciente su vital espera, inerte ser más creador y resulte de hecho más «creante» de su existir. (Que ya habrá Quien lo provea de esperanza, lo convierta a creador y le permita ser creyente...)

No incurramos en la frivolidad de proceder como si bastara con colocarle anteojos de verdes cristales para ayudarlo a componer una mejor melodía en el teclado de sus posibilidades.

Recordemos, incluso, que a veces la esperanza facticia coarta o impide el despliegue de una esperanza auténtica. Provocando un verdadero aborto espiritual.

Que no siempre el consuelo nace de nuestro callar, o decir verdades a medias. Que a veces consolamos más y atizamos mejores esperas y esperanzas ayudando a aceptar el sufrimiento y aún la muerte. Dándoles sentido: que quien conoce el «para qué» es capaz de sobrellevar casi cualquier «cómo» (Nietzsche).

¿Quién de nosotros no recuerda algún paciente que al sobre-ponerse a su dolor alcanzó sobre este domeñado plinto una gigantesca estatura moral? ¿Y que desde esta sobre-elevación logró atalayar campos de valores que nunca antes avizorara? Paciente encumbrado o humilde, sabio o indocto, que supo afrontar una larga y mordicante agonía. Y con ella realizar preciados valores «de actitud» (Frankl). Valores difusos, porque esa actitud digna, en verdad humana, siempre asumida y vivificada por el amor, aunque sea mantenida en el silencio y la soledad, resulta siempre altruísta donación. Ya que, obedeciendo a una misteriosa y ecuménica ley de conservación de la energía moral, esos valores revierten sobre todos nosotros; a todos nos enriquecen; a todos nos dinamizan. Cada hombre que muere como tal, a todos nos ayuda a serlo.

¡Cuántas veces nuestra «camaradería itinerante» con uno de estos grandes enfermos, a quien curamos con esfuerzo y afecto pero no pudimos sanar, nos acercó a nuestra salud, siempre quebrantada por la concupiscencia y el egoísmo!

Ante esta perspectiva transliminar a la que nos invitó Laín, ¡qué resonancia clínica adquieren las palabras de San Agustín: «Lo que digas, dilo de tal modo que aquel a quien hables, oyéndote, crea; creyéndote, espere; y esperando, ame»!

También ha influido hondamente Laín con su estupenda obra *Sobre la amistad*, donde en muchos puntos supera, y en todos enriquece y actualiza, lo que a su propósito dijeron Aristóteles, Cicerón, Santo Tomás y Kant.

Mucho nos ayuda en nuestra capacitación técnica para llegar a ser adecuada compañía del paciente, pero aún mucho más para acertar mejor en nuestra ardua «empresa de ser hombre»; sobre todo en el «existir a ultranza a través del mundo y el tiempo»...

Tan difícil siempre y sobre todo en este tiempo. «Vivimos en un mundo menesteroso

de amistad» (Laín). Indigente, falto precisamente de lo que según Aristóteles: «Es lo más necesario para la vida»... Mundo que amenaza encerrarnos en un verdadero círculo vicioso: «Nihil est homini amicus sine homine amico» (San Agustín).

Bienvenido este tratado que, superando la conocida antinomia de Unamuno, es un libro que habla como un hombre que habla como un libro... Y que habla en verdad, diciendo su verdad. De un hombre capaz de vivir la gran amistad inter-personal que predica.

Me consta: porque conocí la que lo unió —«duobus unum et duo ex uno»— con otro Grande de España: Antonio Tovar.

Y, ¿cómo se nos aparece este maestro, don Pedro Laín Entralgo, a los clínicos argentinos, sus tan cercanos cuan distantes discípulos?

No me es fácil decirlo. Menos afortunado que otros, sólo lo he visto dos veces: una, hace casi exactamente cuatro decenios, en que asistí extasiado a una conferencia suya, en Buenos Aires; otra, hace un año en Madrid, donde gracias a la gentileza de una estrechísima común amiga, Chelo Tovar, pude degustar una inolvidable velada en su compañía.

Pero me han bastado para comprobar la razón que le asiste a Laín cuando dice que leyendo los escritos de un autor se conoce lo que sabe, lo que piensa y lo que es. Esto último en especial, cuando es maduro el escritor.

El Laín de vertical presencia me resultó idéntico, sino superior, al que había deducido e imaginado de la horizontal lectura de sus libros.

Una persona dotada de tan vastos como múltiples talentos: entendimiento penetrante y agilísimo; razonar ceñido; mente sistemática pero no de sistema; personalidad imponente. Un virtuoso en muchos campos —como sólo parece darse hoy en el genio latino, particularmente el hispánico— que gracias a una inflexible voluntad ha actualizado sus pluripotencias, adquiriendo dilatadísimos conocimientos y alcanzado honda sapiencia. (Algún junguiano lo referiría al arquetipo Merlín...)

Que con trabajos hercúleos, de diversos enfoques y temáticas se ha esforzado por comprender claramente —y por transmitir con claridad esa comprensión— qué es, en realidad el Hombre.

Recuerdo aquí un diálogo mantenido ya hace mucho con mi profesor de Fisiología, el justamente célebre Houssay. Este sostuvo que el verdadero investigador debía proponerse un objetivo circunscripto y un método perfectamente diseñado, al cual se atendería rígidamente.

Como era un «visuel» —médico, al fin— ejemplificó la frontera que nos separa de lo desconocido como una plancha de acero, a la que no afecta el calentamiento difuso, pero que es perforada por la puntiforme llama del soplete. Contesté respetuosamente el valor general que asignaba a tal analogía, y sostuve que había objetos de investigación a los cuales convenía que un mismo hombre de ciencia intentara alcanzarlos desde diversos puntos de partida y por varios caminos, efectuados no a la vez, sino unitariamente.

El gran investigador, con su habitual gentil firmeza, rechazó mi juvenil objeción.

Los logros de Laín me asignan la razón. (A menos que algún houssayano modelo

1987 no contraponga que Laín es un «poli-soplete estereotácticamente convergente» y reconcilie ambas posiciones...)

En síntesis, creo que cabe reiterar afirmaciones que siempre fueron recibidas con general beneplácito en las reuniones que por diversos motivos hemos realizado los clínicos argentinos cultores de las humanidades médicas.

Vemos en Laín un «Adelantado» en el «spatio incognito», donde, actuando a veces como extra-nauta y otras como intra-nauta, ha efectuado profundas entradas en lo inexplorado, así como ha dilatado las fronteras de lo dominado, y, «pontifex», ha vinculado comarcas hasta entonces aisladas.

Su obra polidimensional, al ser comparada con la de los especializados en uno u otro de los campos por él analizados se nos aparece con una diferencia categorial, como la que separa un poliedro de un polígono. (El platónico que llevamos dentro diría que es un poliedro regular, por su equilibrada armonía. Más precisamente, un icosaedro, por la riqueza de sus componentes, la cantidad de sus facetas y por representar el agua, que calma la sed...)

Hutcheson, Kant y otros pensadores, en el intento de explicitar nociones abstractas, recurrieron muchas veces a ejemplos extraídos de la concepción newtoniana del Universo.

Encontrando en ellos modelo y excusa, diré que así como los cuerpos masivos inflexionan la curvatura del espacio-tiempo einsteniano y desvían hacia ellos los móviles que por su cercanía transitan, así también lo hará la obra magna y densa de Laín.

Cambiará algo la orientación conceptual de quien a ella sólo tangencialmente se aproxime, pero hará orbitar a quien mucho se adentre, para lanzarlo luego, inspirado y entusiasta, en centrífugo hondazo, a la conquista de ámbitos aún más recónditos, constelados de miríadas de nuevas cuestiones atrayentes... Plus ultra!...

**Carlos R. Landa**